

HOY NO HABRÁ CLASE

Dolores Gómez de Segura Hernández

Como cada mañana, acudo a la Universidad caminando en silencio, pero hoy intento por todos los medios dejar la mente en blanco. Escucho a través de mis auriculares a Freddy preguntándose quién quiere vivir para siempre. Tarareo el estribillo y me pregunto si yo quiero hacerlo. ¿De verdad me gustaría vivir para siempre? Despreocupado, observo mis manos y limpio un rastro de sangre que aún queda bajo una de mis uñas. Después, vuelvo a concentrarme en la canción y sigo caminando. Hoy tengo clase de Estadística a primera hora, pero no hay prisa, sé que no llegaré tarde a una clase que nadie va a impartir, porque ella, mi profesora, no se va a presentar.

Cuando es evidente que la clase se va a suspender y todo el mundo se extraña y se pregunta qué le habrá ocurrido a Marta, soy el primero que se muestra sorprendido, como si no supiera que está muerta.



La conocí en una de las salas de informática de la Universidad, donde la confundí con una alumna más. Yo estaba en el último curso, era nuevo en la ciudad y aún no conocía a nadie, cosa que no me preocupaba porque nunca me ha interesado demasiado relacionarme con la gente. Enseguida me llamó la atención. Toda una belleza frente al ordenador, con el pelo rubio y liso desbordándose sobre sus hombros hasta la cintura. Leía algo atentamente en la pantalla y después aporreaba el teclado, enfadada. Me sorprendió mirándola un par de veces hasta que, ante mi cara de espanto, se levantó y se dirigió hacia mí. Me encogí todo lo que pude en la silla, notando cómo el rubor hacía hervir mis mejillas y tratando de concentrarme en mi monitor.

—Hola. ¿Podrías echarme una mano? —me preguntó señalando su ordenador, con esa sonrisa encantadora suya que mucho después seguiría derritiéndome—. Creo que he perdido todo lo que estaba haciendo.

—Claro —balbucí, y automáticamente se activó el tic que me hace parpadear sin control. Ella se dio cuenta y, aunque no dijo nada, su sonrisa se desvaneció por unos segundos.

He sido un *crack* de la informática desde que tengo uso de razón y no me costó solucionar su problema, aunque debo confesar que me entretuve un poco más de la cuenta premeditadamente. No estaba acostumbrado a que una chica como ella me hiciese caso y me gustaba esa sensación —Lo normal es que ni siquiera me vean, aunque pasen a mi lado. A veces me da la risa al pensar que debo poseer algún poder sobrenatural que me hace invisible y entonces se percatan de que estoy ahí y el susto que se llevan es tremendo, lo que me hace reír aún más y bueno... todas desaparecen en cuestión de segundos—. Ella no desapareció. Después de ayudarla, me propuso tomar algo en la cafetería y me pilló tan desprevenido que estuve a punto de decirle que no. Aún me pregunto qué es lo que ella vio en mí y por qué continuamos quedando después de aquel día. Marta resultó ser una chica encantadora, de la que, por supuesto, me enamoré perdidamente —o eso creo, porque nunca había sentido nada parecido por nadie—. El problema era que el sentimiento no era mutuo. Parecía disfrutar de mi compañía, incluso era ella la que me buscaba para charlar un rato, pero creo que sólo me veía como el

amigo rarito al que acudir cuando no tenía nada más divertido que hacer. Yo era consciente, pero no me importaba con tal de tenerla cerca.

Cierto día la noté alterada y, tras insistir e intentar sonsacarle qué era lo que le preocupaba, finalmente me confesó que, desde hacía unos meses, alguien le estaba haciendo la vida imposible. No tenía ni idea de quién podría ser, pero el individuo en cuestión le enviaba mensajes —al principio eran obscenos y después amenazadores—, a través de las redes sociales. Incluso, había publicado fotografías suyas en anuncios en los que aparecía ofreciendo favores sexuales de manera gratuita.

—¡No lo soporto más! —dijo angustiada, sacudiendo la ceniza del cigarro con su mano temblorosa—, ayer encontré un papel debajo de mi puerta en el que explicaba cómo iba a matarme...

—Tranquilízate, seguramente se trate de una broma....

—¡No es ninguna broma! —exclamó alzando la voz más de lo normal. Inmediatamente se contuvo, consciente de que estaba llamando la atención de los pocos clientes que había en la terraza de la cafetería—. Esto va en serio. Lo he denunciado pero la policía no puede hacer nada, no saben de quién puede tratarse. Retiran los anuncios y los vuelve a poner en otras webs. Se está volviendo cada vez más agresivo y ahora además... sabe dónde vivo. Tengo miedo.

—No te preocupes, te ayudaré —Traté de consolarla colocando mi mano sobre la suya. Ella la retiró instintivamente y yo me sentí avergonzado—. Empieza por contármelo todo desde el principio...

A partir de ese momento, comencé a investigar por mi cuenta. Con las pocas pistas que ella me pudo facilitar, logré acotar mis búsquedas hasta quedarme con un par de posibles sospechosos. Mientras tanto, el acoso continuaba. Entonces, empezó el segundo semestre y todo cambió. Ella pasó a ser mi profesora de Estadística y a tratarme como un alumno más. Yo me daba cuenta de que me esquivaba deliberadamente y, las pocas veces que volví a hablar a solas con ella, no quiso volver a tocar el tema del acoso. Ahora sé que probablemente había empezado a sospechar de mí. Su excusa era que no quería tener problemas en el trabajo y si se dirigía a mí en público, lo hacía de una forma tan fría que me helaba el corazón.

Ese debió de ser el problema, que mi corazón dejó de funcionar correctamente, porque empecé a hacer cosas que, ni aun viniendo de mí, podrían considerarse normales. Al principio la seguía cada día a escondidas hasta su casa —era una forma de asegurarme de que no le ocurriese nada—. Poco después eso ya no me bastaba, necesitaba más. Encontrar a su acosador se convirtió en mi obsesión y llegué incluso a colarme en su despacho y rebuscar en su bolso para cogerle las llaves y hacer una copia. Entré en su casa varias veces. Era como si una fuerza a la que no me podía resistir, me empujara a hacerlo. Una vez dentro, recorría lentamente cada estancia, acariciando los objetos que compartían con ella la vida cotidiana: el mueble de la entrada en el que debía dejar sus cosas al llegar; las plantas que, por su aspecto, debía cuidar con mimo; su ropa pulcramente ordenada dentro de los armarios... Incluso, en una ocasión, llegué a recostarme en su cama. Tuve que masturbarme allí mismo al sentir el olor de su cuerpo desnudo tan cerca del mío. Era como una droga. Cada vez quería más y cuanto más me arriesgaba, más me enganchara. Hasta que, no sabría decir cómo, una noche me encontré en su dormitorio contemplándola mientras dormía. La luz que entraba por la ventana me permitía ver perfectamente su bello rostro y adivinar el perfil de su cuerpo bajo las sábanas. Me moría de ganas por acariciarla, pero no la toqué. Me limité a observarla como quien mira un tesoro

inaccesible, aunque le hice varias fotografías. Al manipular el móvil, la luz de la pantalla debió de despertarla y cuando me descubrió allí, comenzó a gritar y a golpearme, totalmente histérica.

No sé lo que ocurrió a continuación. Sólo recuerdo encontrarme cubierto de sangre en el suelo de su dormitorio y ver su cuerpo inerte tendido a mi lado. Me conmovió tanto lo que vi, que vomité hasta que no quedó ni una gota de ácido en mi estómago. Cuando me recuperé, cogí su cuerpo y lo llevé a la bañera. No podía parar de llorar mientras la bañaba y, con sumo cuidado, le retiraba la sangre que comenzaba a secarse en su rostro. Incluso muerta estaba preciosa. No tenía que haber pasado así. Si no me hubiese precipitado, algún día ella me hubiese amado. Lavé su pelo y se lo sequé con ternura. Después de vestirla, la recosté sobre las sábanas recién cambiadas. Me volví para mirarla por última vez antes de salir. Parecía dormida y su rostro irradiaba paz... hasta me pareció que me sonreía.



Hoy ha transcurrido como cualquier otro día, con la salvedad de que nos hemos saltado la clase de Estadística, pero nadie le ha dado la mayor importancia. Ya en casa, imprimo las fotografías del móvil —llevan toda la mañana quemándose en el bolsillo—. Las coloco con chinchetas sobre el corcho, junto a otras imágenes de ella y unas notas amenazadoras de mi puño y letra. Lo cierto es que no recuerdo haberlas escrito y cuando intento hacer memoria, vuelve a aparecer ese horrible dolor de cabeza que me obliga a agazaparme a oscuras en un rincón, mientras una voz me repite que es hora de volver a cambiar de ciudad.